

nos representaban los atomistas. Ni es tampoco el sistema solar en miniatura que nos ofrecen hoy los energetistas¹. La unidad atómica no es un milagro incomprensible, un misterio impenetrable para el espíritu humano. Al contrario. El Átomo es una realidad viva, de que puede formarse imagen todo cerebro lúcido; es una individualidad elemental que posee ya en el menor grado posible todas las virtualidades del ser orgánico. En virtud de la oposición de las fuerzas atómicas que obran de todos lados sobre sus superficies, la unidad elemental de sustancia llega al conocimiento de su medio inmediato. Es la presencia del

no yo lo que determina el *yo* por la sensación de sus límites. Es la sensación de las fuerzas que le oponen los átomos vecinos lo que solicita a la unidad atómica a reaccionar contra ellas. Un átomo supuesto situado en el vacío absoluto y sin contacto con el menor átomo, permanecería privado de toda sensación y, consiguientemente, de toda volición refleja. No llegaría a la conciencia de su existencia individual. ¡La actividad psíquica del átomo es el resultado, la consecuencia lógica de su actividad física!

ARISTIDE PRATELLE

(Seguirá)

Aspecto médico-social de las infecciones sexuales en el matrimonio²

III

¿Cómo luchar contra la presencia de las enfermedades venéreas en el matrimonio?

Es este un problema de solución compleja, porque no es un hecho aislado, limitado perfectamente, sino, como hemos ya dicho, es una parte del problema sexual, y es éste, con todos sus componentes, el que debemos solucionar.

No es persiguiendo a la prostitución como conseguiremos sanear el matrimonio; porque la prostitución tiene fundamentos arraigados que le aseguran larga y próspera vida, y para hacerla desaparecer es preciso reformar toda la sociedad.

Ella está avalorada por noble abolengo. Sacerdotes de antiguas religiones le dieron alcurnia divina y en muchos pueblos se basó en principios religiosos, quizá como supervivencia del matrimonio comunista. Hoy, ella deriva de nuestra organización social: «en la inmensa mayoría la prostitución es hija de la miseria», dice Charles Albert, y aunque quizá no siempre

revista esta simplicidad, ya que, según Feré, «ciertos grupos de prostitutas son más anormales que los grupos criminales a quienes pueden ser comparados»; pronto o tarde en la condición miserable de la mujer, sobre todo en la pésima retribución de su trabajo hallaríamos los motivos de su prostitución. La sociedad no puede combatirla sin combatir sus fundamentos económicos.

Pero al mismo tiempo ella está encargada de una alta función social. Aunque parezca paradójica, ella es la salvaguardia del matrimonio; entre los célibes, sirviendo de válvula de seguridad a su impulsividad sexual; entre los casados, sirviendo de garantía a la continuación e indisolubilidad del matrimonio, permitiendo una poligamia vergonzante que les desquite del aburrimiento de un hogar sin amor, falto de idealidad. Cuando Luis IX de Francia, en 1254, y María Teresa, en 1751 a 1769, intentaron perseguir la prostitución, aumentaron el número de adulterios y la clandestinidad en el comercio sexual. «Aparta a la ramera del consorcio humano y verás cómo todo queda trastornado por las livian-

¹ Con los cuales está el traductor de este trabajo.

² Por falta de espacio, suprimimos el cuadro patológico de la sífilis.—L. D.